

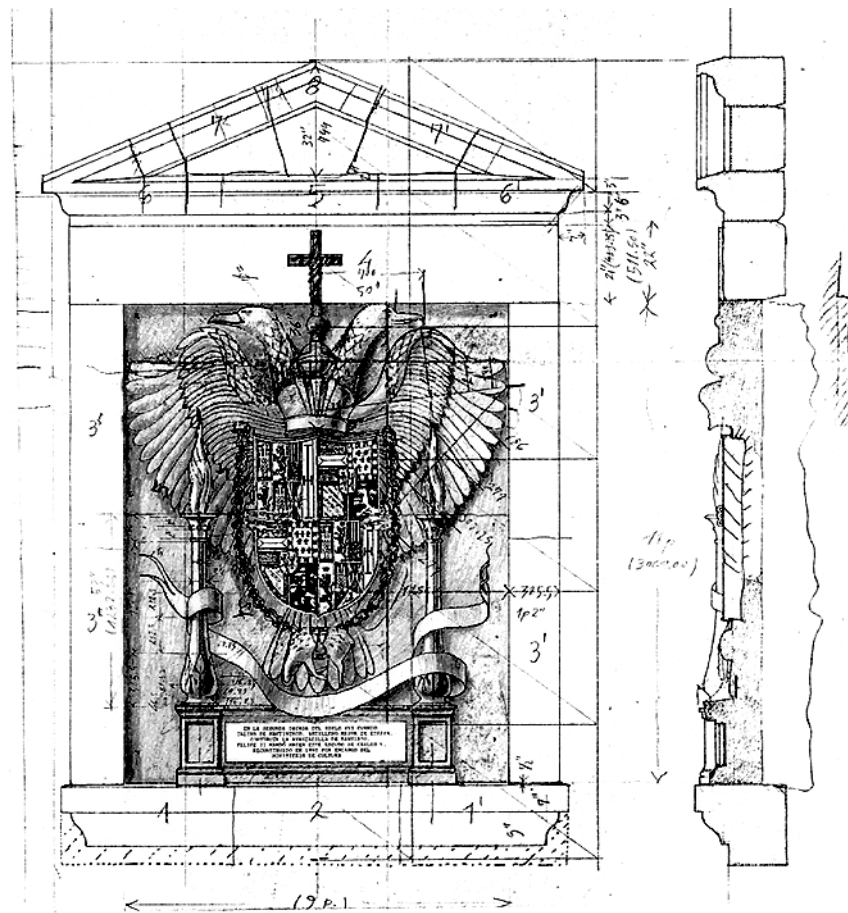
CIRCO M.R.T. Coop. Ríos Rosas nº 11, esc. A, piso 6º, 28003 MADRID. Editado por: Luis M. Mansilla, Luis Rojo y Emilio Tuñón
Es posible solicitar a CIRCO una caja de dimensiones 210 x 160 x 25 mm para archivar los verticustros números de "La Cadena de Cristal", enviando el valor de su coste material (2.500 pts, incluido gastos de envío) a la dirección arriba indicada

Ilustración de la primera página: Escudo de Carlos V. Plaza de la Avanzadilla (Melilla)

1995. 29
LA CADENA DE CRISTAL

CIRCO

VERANO 95
JAVIER VELLÉS



LA CANTERA.

Este verano, en la primera semana de agosto, estuve en Marruecos (fueron unas vacaciones de trabajo, o un deporte tan duro como será el de pescar en los Everglades, aunque más seco).

El lugar se llama Bliuqui de la provincia de Nador. Hay un poblado de veinte familias y una mezquita de alto alminar blanco con adornos de color turquesa. El poblado está en la ladera meridional de unos montes que son estribaciones orientales de la cordillera del Atlas, la más septentrional de África, que llega por el oriente hasta el cabo del Agua y la desembocadura del río Muluya (el de la cuenca donde está Taza) cerca de Argelia.

La cumbre de estos montes de Bliuqui es triple. En el cuenco que hay entre los tres picos, han abierto una cantera los hermanos Perales, que son canteros de Baza que trabajaban el Macael, mármol blanco de Almería, arruinados por la Expo 92. (Algunos señoritos quizá seudosocialistas, crearon empresas intermediarias de subcontratistas furtivos con teléfonos móviles que sortearon la Ley de Contratos del Estado y, esnifando, se esfumaron, dejando deudas millonarias).

En la cantera hay maquinaria potente, aparentemente vieja, llevada desde España a base de peripecias y mordidas durante dos años. Un camión grúa, otro cisterna, varios grupos electrógenos,

ademán de saludo lánguido. Los peatones van estrechando su mano, y el soldado la mete en el bolsillo del pantalón después de cada saludo (? dirhams por minuto).

Tanto los ocupantes de los vehículos como los peatones que no sean residentes, han de sellar sus pasaportes. Hay una ventanilla con mostrador al aire libre. Se forma una cola desordenada. Cuando te llega el turno, saludas, entregas el pasaporte por la ventanilla, lo recoge un policía de paisano que está sentado en el interior, lo hojea, introduce una ficha escrita en árabe y francés (nombre, nacionalidad, dirección, profesión, etc.), te lo devuelve, y pide la documentación del siguiente. Para rellenar la ficha tienes que retirarte de la ventanilla y usar un sencillo escritorio apartado. Pierdes el turno, y tienes que incorporarte de nuevo al final de la cola. Cuando vuelve a tocarte el turno entregas de nuevo el pasaporte con la ficha rellena y a esperar. Mientras tanto recogen otros. Miran todo. Cada pasaporte pasa por varios policías que observan cada página. El último teclea en el ordenador, aguarda, y al cabo de un rato vocea tu nombre. Tienes que abrirte camino a empujones para llegar a la cabeza de la cola otra vez y recoger el documento. El trámite puede durar un cuarto de hora si hay poca gente, pero en los días de verano hasta varias horas. La oficina aduanera tiene una puerta por detrás. Por ella se sellan los pasaportes de las personas influyentes, parientes y amigos que no hacen cola. Mientras se diligencia la documentación de estos transeúntes preferentes se detiene la tramitación de los de la cola.

Javier Vellés.

LA FRONTERA.

Entre Melilla y Nador hay libre circulación para los residentes. La frontera es de los contrabandistas: hombres de negocios, aduaneros, policías, guardias de tráfico y soldados que se reparten en el peaje los beneficios del tráfico (comercio especial, según el Delegado del Gobierno). Al novato que, sin encomendarse a Dios ni al Diablo, lleva 1.500 Kg en la doble pared aislante de un reluciente camión frigorífico, le cogen, inmovilizan el camión, decomisan la mercancía (reciclable), le caen ocho años de cárcel y los chivatos se ríen de él.

En verano, muchos de los emigrantes marroquíes que trabajan en Europa y pasan las vacaciones en su tierra, eligen la compañía Transmediterránea española que atraca en el puerto de Melilla, y tienen que cruzar la frontera de Beni Hezar.

El miércoles 2 de agosto, cuando volví a Melilla a las doce de la noche en busca de yogures naturales que en Marruecos no encontré, pues sólo había de plátano, vi los Mercedes, BMW y Renault, grandes. En cada coche iba un hombre con tres mujeres y niños, en algunos iban sólo mujeres y niños.

Se forma una doble fila de coches, pero por el control aduanero han de pasar de uno en uno. Un policía de tráfico va dando paso a una u otra fila según las categorías, palabras, o dádivas de los ocupantes de los vehículos. Es un comportamiento arbitrario que se ajusta a estrictas normas de convivencia y colaboración.

Entre la valla que hay ante la acera y la tapia que limita la aduana, discurre un pasillo de un metro de anchura. Los peatones cruzan por ahí, en fila india. Junto a la valla, vigila un soldado, situado en el lado de la calzada, con un brazo apoyado sobre el pasamanos y la mano caída hacia el lado del paso, en

tres jeep, remolques, compresores, bombas, bujardas y martillos neumáticos, barrenas, discos de lijar, pulir y cortar. Un disco basculante de sierra de 2 m (7 ft.) de diámetro montado sobre un puente con vías, es el rey de la cantera. La máquina que lo mueve, en vez de extraer el aire con serrín, como hacen las de los aserraderos de la madera, inyecta un chorro de agua sobre el corte, arrastrando el polvo para dejar lavada la piedra del tajo.

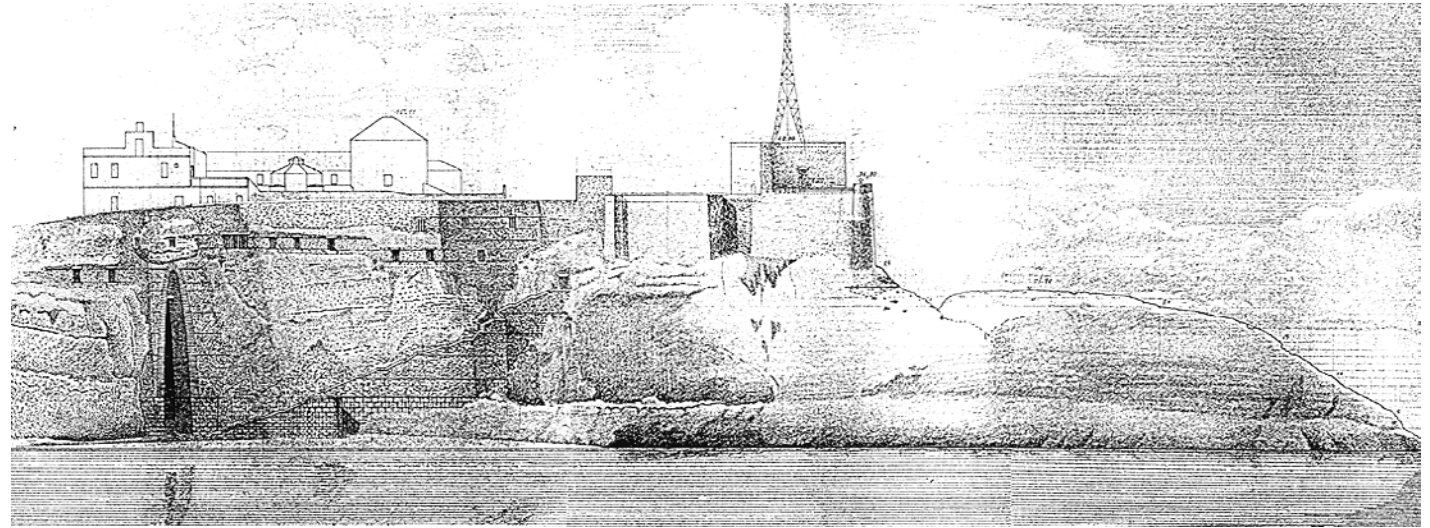
En esa cantera han preparado los mampuestos y los sillares de piedra del país (mármol arabescato: crema de venas rosáceas) con los que se hacen ahora las obras de la muralla de Melilla, enclave español en el Magreb desde finales del siglo XV, época de los viajes colombinos a América.

En el revellín de Santiago se está reconstruyendo el destruido escudo de Carlos V que volverá a presidir el primer recinto, en el V centenario. La ciudad amurallada tenía cuatro recintos, el primero y principal es el cinturón de murallas y cantiles que envuelven la pequeña península que es la ciudadela, "el Pueblo" que dicen los melillenses de la moderna ciudad grande y exterior.

El escudo cuaja la hornacina de piedra del país, que está formada por peana, jambas y frontón triangular. El fondo negro del escudo es de basalto, sobre él, destaca el propio escudo que es de impoluto mármol de Macael policromado al óleo.

Los canteros son dos hermanos. Esteban, el mayor, es además mecánico que entretiene y repara las máquinas, trabaja, y enseña con el ejemplo a los aprendices y obreros, que son dos o tres cuadrillas de fornidos rifeños, los mejores hombres del

Cuevas del Conventico en la muralla de la Cruz (Melilla)



contorno, que hablan en berberisco (sirja o sherha ?), capaces de hacer vastos trabajos, de sol a sol, a cielo abierto (45° C en verano).

Hicieron una jaima con cuerdas de esparto atadas a pedruscos y atirantadas con palos, sosteniendo lienzos azules de plástico (todo reciclado).

Francisco, el gerente, es el encargado del escudo, que talla en ratos libres. Cuando fui este verano, la jaima cubría la piedra negra que, tumbada, parecía un ara. Francisco tallaba el fondo negro, formado por tres piedras perfectamente encajadas que, recién extraídas, en conjunto, pesarían unas 14 toneladas (aprox. 14 long ton). El trabajo de desbaste ya lo había hecho, quitando unas 7 toneladas. Quedaba afinar, detallar y retocar los pormenores.

Contaba con una serie de máquinas eléctricas de mano, con brocas

de vidia, y discos y disquillos de amalgama de acero y diamantes. El disco mayor de un pie (1 ft.), el menor de una pulgada (1 in.).

El escudo tiene la corona de Carlomagno, con la Tierra, el Sol y la Cruz sobre el águila bicéfala de los germánicos, las columnas (candelabros) de Hércules, la cinta con la leyenda PLUS ULTRA, y el toisón: collar de oro del que cuelga el vellocino (piel de borreguito).

Yo decía lo que íbamos a hacer y los Perales decían cómo: Con las brocas se puntean los rincones, con los discos y disquillos se rayan las plumas, con la lija gruesa se apomaza la cinta; con lija fina, agua y trapos se bruñen las uñas de las garras, los picos y los ojos de las águilas, hasta conseguir brillo intenso, como de azabache. Con la martellina (martillo bailarín neumático) se abujarda el fondo plano, con el trépano se rotula.